



Llevamos ya varias semanas en que la Universidad de El Salvador es el tema principal de la realidad nacional. No es de extrañar. Por un lado la Universidad de El Salvador con sus 57 millones de colones de gasto al año (incluida la inversión), con sus miles de estudiantes, con sus muchos cientos de administrativos y empleados, con sus cientos de profesores y docentes es una parte importante de la realidad nacional; por otro lado, la crisis que se desató con la muerte del Decano de Economía y la implicación en ella del cuerpo de seguridad y vigilancia así como de algunas autoridades puso en primerísimo plano la gravedad de la situación por la que pasa la Universidad.

Pero el debate sobre la Universidad se está desviando. Arrastrados por el sensacionalismo y la gravedad de que las máximas autoridades de la Universidad pudieran estar implicadas en una u otra medida en la muerte de un Decano, se está olvidando la cuestión principal. ¿Cuál es esta cuestión principal?

Ciertamente desde un punto de vista coyuntural es urgente determinar quiénes han sido los culpables de las muertes acaecidas en la Universidad, como es urgente determinar quiénes son los responsables de cualquier asesinato. Pero la discusión no puede quedar aquí. No puede perderse en acusaciones y degenas, en votos de confianza o en censuras de repudio. Esto es menos importante para la Universidad y para el país. La cuestión principal e importante es otra.

La cuestión principal e importante se pone al descubierto con la existencia de un cuerpo de vigilantes, contrario en su constitución y en su acción a lo más esencial de la vida universitaria, que es promovido y protegido por las máximas autoridades de la Universidad. Lo que muestra la existencia y el comportamiento asesino del cuerpo de vigilantes es una concepción de la Universidad y una concepción de la autoridad universitaria que es de todo punto inaceptable. Decíamos en anteriores comentarios que si el CAPUES es responsable por comisión o por omisión de que existiese un tal cuerpo de vigilantes y si el CAPUES es responsable por comisión o por omisión de que ese cuerpo de vigilantes ha



ya llegado a la descomposición moral a la que ha llegado, entonces el CAPUES tiene que dimitir o tiene que ser cesado. Carece de toda autoridad moral para seguir al frente de la Universidad. Y esto aunque no fuera culpable ni directa ni indirectamente de un modo positivo en los hechos delictivos.

Pero esta necesidad de dimisión o de cese lo que nos indica es que la Universidad debe ser reestructurada. Lo que ha sucedido no se debe tan sólo a la incapacidad de las actuales autoridades de la Universidad sino al modo mismo de concebir cómo se puede llevar la marcha de la Universidad. Los que pensaron que el camino de la represión es el mejor camino para hacer funcionar la Universidad cometieron un gravísimo error, cuyas consecuencias estamos pagando todos. Si la Universidad tiene remedio este remedio tiene que ser político y universitario. Ahora bien, el camino de la represión en lo académico y en lo disciplinar es mala medida política y mala medida universitaria. Su fracaso lo estamos viendo desde 1972 hasta el día de hoy.

No es el intento de este comentario el proponer caminos de solución. Lo iremos haciendo en posterior ocasión. Lo que ahora pretendemos es dar una voz de alerta para que no se desvíe la atención sobre lo que es el problema estructural de la Universidad distrayéndose con una novela de policías y ladrones.

Ciertamente es importante el delimitar responsabilidades, cosa que se está tratando de oscurecer. Si el Rector, el decano de derecho y el secretario de la Universidad están implicados en delitos gravísimos, esto mostraría no sólo su culpabilidad sino además a qué extremos puede llegar una Universidad obsesionada con la represión. Y éste sí sería un punto estructural.

Pero lo más importante es delimitar las causas que llevaron a esta crisis tan profunda y empezar a arbitrar los métodos adecuados para salir de ella. Esta salida exige la dimisión. Con lo ya comprobado basta para exigir la dimisión o el cese. Logrado esto viene lo más difícil. ¿Cómo hacer para empezar a reestructurar una Universidad que está al borde de la descomposición? Grandes males exigen grandes remedios y grandes doctores. El mal de la Universidad de El Salvador es uno de los grandes males de nuestra situación actual. Preparémonos para grandes remedios y busquemos los mejores doctores.

27-X-78